

de sus condiscípulos. ¡Feliz niño por haber encontrado un soldado caritativo! ¡Feliz militar por haber ejercitado tal caridad con un huérfano abandonado!

(Reina y Madre)

117. «Se lo voy a decir a tu Madre»

Entre el grupo de enfermos en Lourdes, había uno cuya muerte la esperaba de un momento a otro; mientras el sacerdote tenía la custodia sobre su cabeza, el enfermo decía: «¡Jesús, Hijo de María, devuélveme la salud!» Y Jesús pasó sin oír su oración. Incorporóse entonces y, concentrando sus energías, exclamó: «Jesús, hijo de María, no me has curado; se lo voy a decir a tu Madre». Y se dejó caer sobre el almohadón. Enternecido el sacerdote, se volvió y le dio por segunda vez la bendición. Y he aquí que del Hijo de María sale una fuerza sobrenatural y cura al enfermo repentinamente, y, puesto de pie, dirigiéndose al Santísimo, gritaba: «Jesús, Hijo de María, me has curado. Se lo voy a decir a tu Madre para que me ayude a darte gracias».

118. San Luis Obispo

San Luis de Anjou, Fraile Menor y Obispo descendiente de familia real, renunció a todas las grandezas del mundo y desde su niñez fue a la escuela de María y aprendió a ser un modelo de pureza y de caridad. El Señor quiso demostrarlo a la hora de su muerte con un prodigio. Apenas había dado el último suspiro, una rosa de hermosura maravillosa apareció entre sus labios entreabiertos. Al mismo tiempo, un religioso presente vio su alma que se elevaba hacia el cielo, acompañada de una multitud de Angeles que cantaban. Así son honrados los que sirvieron a Dios en la inocencia y en la pureza.

119. Los Santos y la Navidad

San Ignacio de Loyola se hacía un pobrecito y esclavito indigno, mirando a Jesús, María y José. Los contemplaba y les servía en todas sus necesidades como si se hallara presente. Celebró su primera Misa en la noche de Navidad, para que Jesús naciera de nuevo en él como en un pobre pesebre. Parece que tenía intención de celebrarla en la misma gruta de Belén. Pero como no fue posible, la celebró



ante el Pesebre de Santa María la Mayor de Roma.

San Juan de la Cruz, la víspera de Navidad, organizaba con sus frailes una procesión por el claustro interior de su convento de Segovia, llevando a la Virgen en andas. En diversas partes del trayecto, tenían sus estaciones, que representaban los mesones y posadas en los cuales figuraba que pedían limosna. San Juan de la Cruz declaraba las excelencias de la Virgen y del fruto de sus entrañas con tanto fervor que no podían reprimir las lágrimas.

120. Saltó un chorro de sangre.

Había en Milán un jugador llamado Massaccio, tan perdido por el juego, que un día jugó hasta los vestidos. Ebrio de cólera, apuñaló con un cuchillo una imagen de María. De la herida saltó un chorro de sangre, que le roció la cara. Movidó a compunción de su pecado, comenzó a llorar, dando gracias a María porque le había alcanzado espacio de hacer penitencia.

Luego se hizo religioso Cisterciense, y llevó vida tan perfecta, que Dios le favoreció con el don de profecía.

Después de cuarenta años de vida religiosa, murió santamente en el Señor.

*(«Las Glorias de María»,
por San Alfonso M.^a de Ligorio)*

121. Frases para meditar

Refiere Suetonio que el Emperador Tito tenía tan grande afición a otorgar mercedes a quien se las pedía, que, si por ventura pasaba un día en que no se hubiera ofrecido ocasión de conceder alguna gracia, exclamaba contristado: «He perdido el día». Si nuestra Madre la Virgen pasara un día sin concedernos una gracia, lo cual es imposible, diría lo mismo. Y es bien cierto que más desea la Virgen departir sus gracias que nosotros recibirlas.

* * *

Un día se apareció San Benito a Santa Francisca Romana y, tomándola bajo su protección, prometió ser su abogado delante de la Santísima Virgen. Por eso habla así: «Señora, todo lo que pueden las oraciones de todos los santos unidas a las vuestras, lo podéis Vos con vuestra sola intercesión, porque eres la Madre de nuestro Salvador, la Esposa de Dios, la Rei-

na del cielo y de la tierra». Corazón de María, sed la salvación mía.

* * *

A Santa Bernardita le decía la Virgen en Lourdes: «Si mi pueblo no quiere enmendarse, me veré obligada a que el Brazo de mi Hijo caiga sobre él. ¡Pesa tanto que ya no lo puedo contener! ¡La violación de los días festivos y las blasfemias son los crímenes que tan pesado hacen el Brazo de mi Hijo!». Realmente la blasfemia, la profanación de las fiestas y la impureza, son los tres grandes pecados que claman venganza del cielo. Procuremos descargar el Brazo de Jesús con una vida santa.

122. Entre las camas del hospital

Santa Francisca Javier Cabrini, madre de los emigrantes italianos, tuvo una vez una visión muy singular. Vio a la Virgen que andaba entre las camas de un Hospital, limpiando, socorriendo, ayudando a los enfermos. La Santa corrió para ayudarla. La Virgen la rechazó, diciendo: No, no hago yo lo que tú no quieres. La Cabrini comprendió el aviso. Luego abrió un hospital católico en Nueva York para los emigrantes italianos. Este episodio nos mani-

fiesta el amor y la solicitud que María tiene por los enfermos.

123. Un medio de santificación

Cuenta el Venerable P. Fr. Luis de Granada el hecho siguiente: «Había un hombre que era muy devoto de Ntra. Señora, a quien rezaba su santo Rosario, y por este medio, eficaz para todo bien y aprovechamiento, le hacía Dios tantas mercedes y regalos, que por espacio de algunos años anduvo casi siempre en continua oración. Viéndose, pues, tan aprovechado en la oración mental, preguntó a un compañero suyo, llamado Gregorio, si, para darse más a ella, sería bien dejar el Rosario. Respondióle que no; por lo cual perseveró un año en la devoción del Rosario; y, como viese que iban al mismo paso los favores del cielo en su alma, como hombre muy espiritual, se determinó, sin dar cuenta de ello a Gregorio, a dejar el Rosario. Y a pocos días que lo dejó, comenzó a tener muchos trabajos y sequedades, y casi ya a no tener oración; que a tales riesgos se expone quien piensa sin esta Estrella del mar, María, tener feliz navegación en la vida del espíritu. Dio cuenta de esto a Gregorio sin decirle la causa, que era haber dejado el Rosario; a lo cual Gregorio sonrióse y le dijo:

Vuelve a rezar el Rosario. Hízolo así, y le fue tan bien con ello que, en breve, volvió a tener el espíritu y devoción que solía.

«Este Gregorio aconsejaba a los que querían aprovechar en la vida del espíritu, que rezasen devotamente el Rosario. Es hoy Venerable y se espera que lo ponga la Iglesia en el catálogo de los santos.»

(Fr. Paulino Alvarez. «Glorias del Rosario»)

124. Siempre hablaba de la Virgen

Para hablar de María, San Gabriel de la Dolorosa no esperaba coyunturas ni oportunidades. Cualquier ocasión le parecía buena para ensalzar a la Señora y compadecerse de sus dolores. Todo le incitaba a tratar este asunto, todo le sugería peregrinos conceptos para traer la conversación a este terreno y para continuarla después.

Todos lo sabían: trabar plática con él, era hablar de María o, por lo menos, relacionar el asunto que se ventilaba con esta Señora. Esto era para Gabriel un necesidad moral. María le había arrebatado el corazón y no había remedio. Era imposible que de un modo o de otro no platicase de Aquella en quien se cifraban todos sus afectos.

Varias veces nuestro amante de María vio- se precisado a tratar con superiores muy eleva- dos y con personas de alta categoría. Pues bien, a pesar de su esmerada educación y de la cortesía que siempre le acompañaba, no podía contener su corazón, tenía que hablar de Ma- ría a todos, tenía que exhortar a todos a profe- sar cariño entrañable a la Señora de su alma, con el entusiasmo de siempre.

*(«Vida del Santo», por el P. Anselmo de la Do-
lorosa)*

125. Santo Tomás de Cantorbery

Siendo aún joven y hallándose en conversa- ción con otros compañeros, en la que cada uno se jactaba de algún amor loco, el santo joven manifestó que él también amaba a una gran se- ñora, entendiendo a la Santísima Virgen, y que de ella era amado en extremo. Después entró en algún remordimiento de haberse alabado de ello. Estando en esta angustia, he aquí que se le aparece María, y con dulce gracia le dice: —«Tomás, ¿de qué temes? Has tenido razón en decir que me amas, y que yo te amo. Confír- malo a tus compañeros, y en señal del amor que te tengo, llévalas que vean este regalo que te hago.»

La dádiva fue una arquilla, en que había una casulla de color de sangre, en señal de que María, por el amor que le tenía, le había alcanzado de Dios la gracia de ser sacerdote y mártir: como de hecho sucedió, pues primero fue sacerdote y obispo de Cantorbery en Inglaterra; desde donde, perseguido una vez del rey, huyó a Francia al monasterio Pontiniano cisterciense, y allí, queriendo remendarse la camisa de cilicio que solía llevar por haberse descosido, y estando poco práctico en ello, se le apareció su amada Reina, y con afecto extraordinario le quitó de las manos el cilicio y se lo compuso como debía estar. Después, volviendo a Contorbery, murió mártir, habiéndosele dado muerte por orden del rey en odio del celo que tenía por su Iglesia.

(Reina y Madre)

126. Pensemos bien en lo que estamos haciendo

Un venerable sacerdote, mientras rezaba el Santo Rosario en la Parroquia que estaba llena de feligreses, tuvo a manera de un sueño o éxtasis en que le pareció que el Angel de la feligresa le decía: ¿Quieres ver cuántos son los que en verdad rezan y están hablando con Dios?

«Sí, contestó él, muéstramelo, Angel santo». Calló entonces el murmullo de cuantos allí estaban y se oyó sola la voz de una humilde viejecita. «¿Cómo? —exclamó el sacerdote, sin poder reprimirse— ¿Ella sola? ¿Pues los demás qué hacen?». «Ahora lo vas a ver», —le dijo el Angel. Y se levantó un gran clamor en el que parecía todos hablaban a la vez; unos de fútbol, otras de baile o de los trajes de modas, otros de negocios, de dineros; cada cual de aquello mismo que estaba pensando. Aquello le hizo despertar del sueño y oyó otra vez el murmullo de la gente que seguía contestando al Rosario. Cuando rezamos, hagámonos cuenta que estamos hablando con Dios.

127. San Alejo Falconieri

Entre los Fundadores que la Virgen Santísima eligió para establecer la Orden de los Servitas, fue singularmente ilustre por la pureza San Alejo Falconieri. Nacido en Florencia de noble y rica familia, a principios del siglo XIII, se dedicó desde la juventud a las obras de piedad, distinguiéndose de modo especial en la tierna devoción a la Reina de las Vírgenes. Procuró con todo esmero evitar todo aquello que pudiera manchar en lo más mínimo la santa pureza.

Para mejor conseguirla, se dedicó a la oración y a la penitencia. Por la gran pureza de alma y de cuerpo, mereció ser uno de los Fundadores de la Orden de los Servitas. Habiéndose consagrado completamente al servicio de María Santísima, se dedicó con todo empeño a la mortificación de los sentidos, para conservar intacto el blanco lirio de la castidad. Después de una larga vida, llena de favores celestiales, habiendo enfermado gravemente, fue consolado con una visión del Niño Jesús, el cual le puso en la cabeza una corona de rosas, símbolo de la ilibada castidad. Habiendo después recitado el santo viejo cien *Ave Marías*, como tenía de costumbre, el día 17 de febrero de 1310, a los ciento diez años de edad, voló al cielo para recibir el premio de sus méritos y para contemplar al Cordero Inmaculado, en el coro de las vírgenes.

128. La santa esclavitud

El bienaventurado Marino, hermano de San Pedro Damián, fue el primero que dio el ejemplo de ofrecerse a la Virgen Santísima en calidad de esclavo. Y esto es lo que después se ha llamado la santa esclavitud de la Madre de Dios. Hizo profesión de sujetarse a esta esclavitud delante de un altar dedicado a la Virgen,

se ofreció a Ella en calidad de esclavo y, para portarse como tal, después de haber leído el acta de su profesión, se impuso a sí mismo algunas de las prácticas de rigor y austeridad que en la tierra se solían emplear contra los esclavos. Después de eso, puso una moneda sobre el altar de la Virgen y prometió pagarle anualmente ese tributo en calidad de esclavo y en reconocimiento de su dominio. Y desde entonces se consideró como propiedad de la gloriosa Reina del cielo y de la tierra, a la cual pertenecía como su propio esclavo. De este acto reportó abundantísimos frutos para llegar al grado de santidad que brilló en su vida y en el glorioso trance de su muerte. Habiéndose extendido con el tiempo esta práctica, introdújose la costumbre de llevar pequeñas cadenas en señal de esclavitud. Mr. Boudon, en el excelente tratado que ha dejado escrito sobre esta materia contiene un extenso catálogo de hombres grandes de Santos, de reyes, que han mirado como honor muy particular el ser alistados entre los esclavos de la Madre de Dios.

(Reina y Madre)

129. Santa Rosa de Lima

De la Virgen fue esta flor americana. Tuvo

escrúpulo de llamarse Rosa, ya que su nombre era Isabel, y su madre, por ver una flor en su rostro, la llamó Rosa. Pidió, con lágrimas, a María consuelo y acierto en esto, y ella aprobó el cambio, mas le mandó que añadiese de Santa María. Todas las virtudes se concentraron en aquella Rosa de Santa María, que vivió como la más pura religiosa en medio del mundo.

Desde los once años gozó de gran familiaridad con la Virgen, y frecuentemente de sus visitas. En la cuenta de conciencia, que obligada por su Director escribió, dice que muchas veces veía a la Santísima Virgen, hermosa, afable y dulcemente cariñosa y «que solía detenerse más ante sus ojos, que la Humanidad de Jesucristo, que también se le aparecía muchas veces, pero poco rato». Y tan grande fue el amor de María a aquel ángel humano, que llegó a servirle, como dice la Bula de Canonización, hasta de camarera. Como Rosa llenaba de guijarros y astillas su cama, y se ponía en la cabeza, al acostarse, una corona de espinas, no dormía de noche; y al amanecer, rendida de sueño, no se despertaba a la hora de levantarse. La Virgen le prometió despertarla ella misma todos los días.

Todos los días, pues, se acercaba puntualmente a su lecho, diciendo a Rosa: «Levántate, hija mía, levántate a oración, que ya es hora».

Un día, ni con ese aviso pudo con su sueño, ya que, aunque se incorporó en la cama, se cerraron sus párpados inconscientemente, y se durmió. Volvió la Virgen a despertarla, dióle un golpecito en la espalda, moviéndola un poco con maternal cariño, y le dijo: «Levántate, hija mía, no tengas pereza.» Se levantó al punto, mas en castigo aquel día no vio a la Virgen, sino alejándose, sin ver su rostro. Olvidósele un cilicio un día en la cama, y, no pudiendo volver a su aposento, y temiendo lo vieran, rogó a la Virgen se lo escondiera ella. Después halló el cilicio donde ella lo solía esconder. No pensaba sino en ser toda de Jesús, ayudada de María, este ángel humano. Aguardaba un día que se abriese un imperial, para ponerlo con sus abiertas flores ante Jesús, mas lo halló arrancado de raíz. Muy triste quedó con esto, mas Jesús se le apareció y le dijo: ¿Por qué estás tan triste? ¿No soy yo la Flor del campo, mejor que tu imperial y que todas las flores del paraíso? Yo sólo quiero ser tu flor, y por eso yo mismo arranqué tu imperial. Tenía un día su jardín lleno de rosas, y apareció entre ellas la Virgen con el Niño, mandándole le trajera el delantal lleno de ellas. Tomó María una de ellas, diciéndole: Esta eres tú; me la guardo para mí. De las otras haz lo que quieras. Tomólas todas Rosa, hizo con ellas una guirnalda, y coronó con ellas al Niño Dios.

¿Quién no desea para sí dichas tan del cielo, aun a precio de cualesquiera trabajos? ¡Oh Madre de la pureza, Virgen de vírgenes, haz puros y a ti semejantes los corazones nuestros!

(Sábados populares dedicados a María)

130. María dulcifica la muerte de sus devotos

San Estanislao de Kostka, uno de los más fieles servidores de María, temía tan poco la muerte, que hablaba de ella como de la mayor felicidad que podía venirle. Habiendo oído, el primero de agosto de 1568, un sermón del P. Canisio, en que exhortaba a los novicios de la Compañía de Jesús a portarse cada día como si aquel hubiese de ser el último de su vida, y a estar siempre dispuestos a comparecer ante el tribunal de Jesucristo, Estanislao, al salir de la capilla, dijo a sus compañeros: —«Este aviso ha sido para mí la voz de Dios, pues he de morir en este mismo mes.»

Cuatro días después, yendo con un Padre a Santa María la Mayor: —«Padre, le dijo, ¡qué hermoso día es aquel en que la Santísima Virgen fue coronada Reina del cielo y exaltada sobre los coros de los ángeles! ¡Ah!, si es verdad, como yo lo creo sin duda alguna, que los santos renuevan todos los años esta fiesta en el

cielo, espero asistir con ellos al primer aniversario que han de celebrar.» Y pronunció estas palabras con un acento que demostraba la vehemencia de sus deseos.

El día de San Lorenzo recibió la comunión y rogó al Santo que presentase a la Virgen la súplica que le dirigía, conjurándola que le alcanzase la gracia de morir antes de la fiesta de su Asunción para poder celebrarla en el cielo. Al anoecer del mismo día fue acometido de calentura, que, aunque parecía cosa muy ligera, no obstante, al ponerse en cama, dijo con señales de indecible gozo: —«No me levantaré ya más de esta cama.» Después añadió sonriendo: —«Creo que la Santísima Virgen ha escuchado mis plegarias, y que estaré en el cielo el día de su Asunción.»

El día 14 aumentó algún tanto su mal, pero con tan pocos síntomas de gravedad, que uno de los que le asistían dijo que mayor milagro sería morir de un mal tan leve que curar de él. Sin embargo, después del mediodía, perdió las fuerzas y cayó en mortal deliquio. Habiéndose reanimado algo, pidió al Padre Rector que le acostase sobre ceniza como a penitente, lo que le fue concedido. Recibió en seguida los Sacramentos con el fervor de un ángel, y después no se ocupó sino en orar, en levantar los ojos al cielo, en mirar, besar y estrechar amorosamente contra su corazón la imagen de María.

Pocos momentos antes de su muerte, se le apareció la Santísima Virgen, como lo dio a entender su rostro radiante de alegría. En fin, a la madrugada del 15 de agosto, contando 18 años de edad, expiró en las manos de su divina Madre con los ojos fijos en el cielo, sin esfuerzo ni agonía, y con un aspecto tranquilo y risueño. Todos estos pormenores los han comunicado los testigos presenciales, que, conmovidos por un espectáculo tan hermoso, exclamaron: —¡Oh, qué dulce y conmovedor es morir en brazos de María!

(Reina y Madre)

131. Al final de los tiempos

El momento crucial de la lucha del demonio con los hijos de la Mujer, será al final de los tiempos, cuando Satanás será liberado para que seduzca a las naciones y haga guerra a la simiente de la Mujer.

La vía de seducción usada entonces por Satanás, si bien no exclusiva, será preferentemente la de orgullo —es Espíritu de soberbia—, incitando al hombre a suplantarse a Dios. Y perseguirá por todas las maneras a quien se le resista, y se ensañará con la simiente de la Mujer. Pero *ninguno de cuantos invoquen a Ma-*



ría y recurra a Ella como a Madre, será vencido. Sobre ellos vomitará la serpiente ríos de orgullo, para con su corriente arrastrarlos; pero María estará a su lado protegiéndolos, y absorberá todos los ríos de orgullo...

Hay quienes piensan que ya estamos en los últimos tiempos... Mi último tiempo será el de la hora de mi muerte.

Una cosa parece cierta: que María multiplica sus intervenciones en un intento de congregar a los hijos dispersos y atraerlos a cobijarse bajo su manto, cual si les esperara un peligro inminente.

Y otra cosa es absolutamente cierta: que la devoción al Corazón de Jesús se nos ha dado como medio para reanimar en el amor a un mundo ya frío por la vejez, como último esfuerzo por parte de Dios para salvarnos; que el Corazón de Cristo se nos ofrece como bandera de victoria, arca de salvación, arco iris de paz y de reconciliación.

(P. Pacios. «La Virgen y el Corazón de Jesús»)

INDICE

1. García Moreno, Presidente del Ecuador	5
2. Corazón de madre	6
3. Participaba de los dolores de María	8
4. A mí me ha convertido el demonio	11
5. Cada acto de amor	12
6. Un desesperado	12
7. Estalló una bomba	13
8. San Bernardino de Siena	13
9. «No te precipites»	15
10. Santa Margarita María Alacoque .	16
11. Cegar el canal	16
12. Un militar valiente	17
13. Sor Dominica del Paraíso	17
14. El Ave María	20
15. San Gabriel de la Dolorosa	20
16. Para dormir dulcemente	21
17. Id a María	23
18. San Fernando, Rey de España	23
19. «Vayamos a la suavidad»	24

20. San Juan José de la Cruz	25
21. «Bajo tu amparo»	25
22. El Papa de la Inmaculada	26
23. Un salvavidas	27
24. Admirable socorro	28
25. El Conde Radetzky	29
26. Abraham y María	30
27. Visión de San Ildefonso	30
28. Dos heridas en la cara	33
29. La súplica de un preso	34
30. Un fotógrafo descreído	35
31. ¿A quién hemos de creer?	37
32. Copiemos a María	37
33. El Mariscal de Lattre	38
34. El camino más corto	39
35. Los que no comprenden	40
36. San Alberto Magno	40
37. Señalado favor prometido a Santa Matilde	43
38. El Rosario a María	44
39. El loro y el gavián	45
40. San Francisco de Borja	46
41. Le limpió el sudor de la frente	47
42. Los Santos y el Rosario	48
43. Probadlo y presto os convenceréis .	50
44. Declaraciones muy elocuentes he- chas por Juan XXIII	51
45. Sor Lucía de Fátima nos habla del rezo del Rosario	52
46. Quiere que todos se salven	54

47. Reina de las Bellas Artes	54
48. El Rosario perdido	57
49. Juan Duns Escoto	58
50. Sepultados vivos	60
51. Torear por la Virgen	61
52. San Francisco de Sales	64
53. La escala de plata y la escala de oro	66
54. Oración muy eficaz a María	68
55. El pago de la Virgen	70
56. Origen del Rosario	71
57. Siempre fue hermosa	72
58. Huérfana de madre	73
59. Cambio de conducta por oír el Ro- sario	73
60. Van muchas almas al Infierno	76
61. Si la Madre dice sí, yo no puedo decir no	77
62. ¿Ha pasado de moda?	78
63. Un médico incrédulo	79
64. Curación de un tullido	81
65. Qué hace la Virgen mientras reza- mos la Salve	81
66. Escena doméstica	84
67. El Rosario de Juan XXIII	85
68. Fulton Sheen y su amor a la Vir- gen	86
69. Curiosas anécdotas de San Juan de Dios	87
70. El Rosario de un Rey	89

71. El mejor empleo del tiempo	89
72. La herida incurable	90
73. Le restituyó la mano	91
74. Casa de oro	92
75. Antes morir que mancharse	93
76. Terrible castigo	95
77. Delicadeza de mujer andaluza	96
78. María hace oír su canto a cierto monje	97
79. La confianza en la Virgen no falla .	99
80. Ave, María. Ave, Bernarde	100
81. Los nombres de la Santísima Vir- gen	102
82. Estatua de María respetada por las aguas	105
83. A la conversión por el Rosario ...	106
84. San Juan Macías y el Niño Jesús ..	107
85. La unión, fruto del culto de María	109
86. Peregrinaciones a los santuarios de María	110
87. La cruz, corona de la perfección ..	111
88. Yo quería hablar de la Virgen	112
89. A la fe por María	113
90. Suavidad del nombre de María ...	115
91. Espigas Marianas	116
92. Hermosa consagración	118
93. La Virgen y los soldados	119
94. No todo está perdido	120
95. El Avemaría del moribundo	120
96. Santo Tomás de Aquino	123

97. San Cirilo, obispo de Alejandría ..	125
98. María, Madre de la Iglesia	126
99. Para ahuyentar al demonio	127
100. «Señor cura, quisiera confesarme»	127
101. Una ventana al norte	130
102. «Con María todo es posible	131
103. Los tres espejos	132
104. Alma que sufres	135
105. Poder de una lágrima	136
106. Una idea de Juan XXIII sobre el Rosario	136
107. Que estés Tú allí	137
108. Hasta visiblemente	138
109. Con Ella, todo	139
110. Camino seguro	140
111. San Dionisio Areopagita	141
112. Hermosura celestial de María	144
113. Los ojos de la Virgen	146
114. Leyenda bretona	147
115. Torrente de felicidad	147
116. El soldado caritativo	148
117. «Se lo voy a decir a tu Madre» ...	151
118. San Luis, Obispo	152
119. Los Santos y la Navidad	152
120. Saltó un chorro de sangre	154
121. Frases para meditar	155
122. Entre las camas del hospital	156
123. Un medio de santificación	157
124. Siempre hablaba de la Virgen	158
125. Santo Tomás de Cantorbery	159

126.	Pensemos bien en lo que estamos haciendo	160
127.	San Alejo Falconieri	161
128.	La santa esclavitud	162
129.	Santa Rosa de Lima	163
130.	María dulcifica la muerte de sus devotos	166
131.	Al final de los tiempos	168